

Luis Chiozza

HABLAR O CALLAR

Entre la necesidad y el deseo



libros del
Zorzal

Hablar o callar

LUIS CHIOZZA

Hablar o callar

Entre la necesidad
y el deseo



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis

Hablar o callar : entre la necesidad y el deseo / Luis Chiozza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2025.

68 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-599-968-8

1. Psicoanálisis. 2. Psicología. I. Título.
CDD 150

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2026. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-968-8

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

Prólogo.....	11
Capítulo 1. La transferencia	17
Capítulo 2. Oír, escuchar y decir	21
Capítulo 3. Quejas y reproches	27
Capítulo 4. El qué y el cómo	31
Capítulo 5. Textos, pretextos, contextos y prejuicios	37
Capítulo 6. Las palabras.....	41
Capítulo 7. Lo indecible.....	49
Capítulo 8. Inoportuno.....	53
Capítulo 9. Lo que el consenso avala	57
Capítulo 10. Necesidad y deseo	61

Prólogo



Es indudable que el deseo de hablar diciendo algo que acude a nuestros labios tropieza, a veces, con otro sentimiento de intensidad pareja: la imprescindible necesidad de hacer precisamente lo contrario de lo que deseamos.

Ambos sentimientos habitan nuestra consciencia y, para colmo, no ha de ser casual

que, con frecuencia, ambas posibilidades, hablar y callar, se vistan con colores diversos. Eso nos lleva a recordar y revivir las palabras magistrales que escribió Antonio Machado en *Proverbios y cantares*:

Hay dos formas de conciencia:

una es luz y otra, paciencia.

Una estriba en alumbrar
un poquito el hondo mar;

otra, en hacer penitencia
con caña o red, y esperar
el pez, como pescador.

Dime tú: ¿cuál es mejor?

¿Conciencia de visionario
que mira en el hondo acuario

peces vivos,

fugitivos,

que no se pueden pescar,

o esa maldita faena
de ir arrojando a la arena,
muertos, los peces del mar?

Aunque aprender algunas cosas sólo se logra con los años, es cierto lo que escribe Hemingway cuando dice que se necesitan dos años para aprender a hablar y sesenta para aprender a callar.

En *¿Por qué enfermamos? La historia que se oculta en el cuerpo*, decíamos: “Cuando el dedo que señala tiene éxito en la tarea de indicar una presencia, es porque se comparte la idea de aquello que hay que ver”. Todo médico necesita y debe hablar de lo que ve en sus enfermos. Es algo que duele no decir... y es además una deuda... pero “cómo decir” ha sido siempre el principal problema de toda convivencia, y cada nuevo intento no es más, ni es menos, que una nueva esperanza...

Pascal afirma que hay razones del corazón que la razón no entiende. No cabe duda de que el poema de Machado posee un misterioso carácter conmovedor. Comprender su relación con los desarrollos que realizamos acerca de la consciencia es algo muy diferente al género de comprensión que ejercemos cuando nos conmovemos. Si, a la manera que Gregory Bateson denominaba metálogo, usamos el mismo poema para referirnos a los modelos de comprender el poema, podríamos decir que, en primera instancia, nos conmovemos cuando el poema “nos alumbra un poquito el fondo mar” permitiéndonos mirar “peces vivos, fugitivos, que no se pueden pescar”. Profundizar acerca del significado de este poema de Machado requiere que, haciendo “penitencia con caña o red”, nos entreguemos a “la maldita faena de ir arrojando a la arena, muertos,

los peces del mar”. Entonces diremos que la luz se refiere a la manera visual de la consciencia, que contempla espacios complejos, o escenas, en donde los objetos son percibidos en simultaneidad “espacial”, mientras que la paciencia alude a la consciencia auditiva, secuencial, durante la cual adjudicamos palabras sucesivas a los acontecimientos que, de este modo, como si los fijáramos en formol, pierden la complejidad de su estar vivos y en perpetua evasión de todo concepto.

Lo que alguna vez hemos llamado “ideo-grama oniroide primitivo”, vecino a la carga emocional del proceso primario, queda entonces sustituido por el discurso verbal propio del proceso secundario, racional. Pero, afortunadamente, las cosas no terminan allí, porque dentro del ejercicio del lenguaje verbal el hombre ha desarrollado la poesía, propia del

LUIS CHIOZZA

arte literario y de una forma de consciencia
que constituye un proceso terciario.

Capítulo 1

La transferencia



En la convivencia de los seres vivos (y en especial la que transcurre entre los humanos), la investidura de los afectos de las personas que intervienen en una relación (el término “investidura” proviene de los vestidos “uniformes” que caracterizan las funciones que

determinados individuos desempeñan en la sociedad) surge de lo que cada una de ellas interpreta acerca de lo que está sucediendo.

De acuerdo con los primeros escritos técnicos de Freud, sus pacientes *transferían* lo que habían “aprendido” en su vida intrauterina y en sus relaciones con las personas con las cuales se habían encontrado desde que nacieron y, sobre todo, en aquellas, más determinantes, que ocurrieron en sus primeros años. Esa transferencia, que aparece como resistencia a los cambios que la vida impone, se ha transformado en lo que urge resolver “ahora” y, a pesar de que se desea lo contrario, es aquello de lo cual es necesario hablar.

Aquello que se siente en la actualidad de una presencia (recordemos a Porchia: “El hombre lo juzga todo desde un minuto, sin comprender que sólo juzga un minuto: el

minuto presente”) siempre tiñe a la presencia que en ese momento se percibe. Es necesario, por lo tanto, tener en cuenta que muchas veces, frente a decisiones importantes, y sobre todo si las impregna un afecto de intensa magnitud, conviene concederse un segundo momento, posterior, tal vez al día siguiente. Porque puede ocurrir que se proyecten de manera exagerada, sobre una decisión actual, fracasos anteriores que generaron traumas.

Capítulo 2

Oír, escuchar y decir



Sin poner en duda que muchas veces, en la convivencia humana, el callar es un “error”, no debemos, a partir de allí, caer inadvertidamente en el extremo de atribuir a la palabra hablada un valor, en todos los casos y *a priori*,

superior a los del silencio y la actitud en el desarrollo o en la mutación de un vínculo.

Un viejo aforismo dice que, si la palabra es de oro, el silencio es de plata. Es cierto que el silencio “de plata”, de un modo semejante a lo que ocurre durante una sinfonía, nos entrega su dádiva profunda en el intervalo que dos palabras significan; pero no es menos cierto que la palabra “de oro” surge a la sombra bienhechora de un silencio que, al mismo tiempo que la enmarca y la subraya ante el oído, la catapulta hacia el centro de la escena. El silencio prepara la palabra, y la magna función de la palabra es restablecer el silencio.

Existe una diferencia importante entre interpretar lo que ocurre y enunciar con palabras, al interlocutor, el producto de la interpretación. También existe diferencia entre el silencio del que sabe y el silencio del que

ignora, o del que desestima lo que sabe. Silenciar algo que, mediante la interpretación que se realiza sin decirla, ha llegado a la consciencia del que observa conduce a que ese observador adopte una actitud completamente diferente de la que tiene cuando permanece en silencio porque reprime lo que inconscientemente ha percibido. Vale la pena tener en cuenta esta diferencia cuando se piensa en la convivencia con hijos, padres, hermanos, cónyuge o amigos, porque ambos tipos de silencio cumplen una función muy diferente.

Cuando las razones que conducen al callar derivan de que no se ha podido interpretar, suele ocurrir que el “hablar por hablar”, porque se considera necesario “decir algo”, no es un buen remedio. Si el silencio adquiere una cualidad indeseable, que se considera negativa, es preferible abstenerse de hablar con

palabras “que procuran fingir que se sabe lo que en realidad se ignora”, y es preferible oír.

Algo semejante debía pensar Freud cuando aconsejaba decir a su paciente (supongo que con cortés naturalidad y sin darse aires de oráculo ni esfinge): “Antes que yo pueda indicarle nada, tengo que saber mucho sobre usted”.

Es imprescindible dejar establecido que no se trata de afirmar que el hablar y el callar conduzcan a un mismo tipo de consciencia en el que habla o en su interlocutor. Muy por el contrario, si bien es cierto que el pensamiento y la palabra introducen siempre una modificación en la estructura de la trama que se vive, y constituyen un índice de tal modificación, la consciencia inefable, las palabras pensadas, habladas y escritas constituyen una serie ordenada en la cual publicidad y responsabilidad van en aumento. Por ese motivo es

HABLAR O CALLAR

que insistimos en que es necesario distinguir cuidadosamente la frase que sólo ha sido concebida de aquella otra que, para bien o para mal, además ha sido dicha.

Capítulo 3

Quejas y reproches



Nuestra vida transcurre oscilando entre sentir en plenitud lo que sucede y darse cuenta de que lo que se siente ahora proviene de una injustificada proyección de algo que ha pasado y que deja, como fugaz estela, un recuerdo, que todavía no se ha desvanecido. Pero

no todo lo que puede ser cierto es un acierto. La significancia, por sí sola, no es suficiente para establecer la oportunidad de la palabra. Un recuerdo nos puede conducir a confundir lo que ocurre en el presente con la repetición inmodificada de algo que ha ocurrido en el pasado. Es lo que suele afirmarse de alguien cuando se sostiene que algo lo ha, psicológicamente, traumatizado, y que ingresa en esa triste circunstancia en la que se pierde la fe, huye la calma y cualquier reflexión se convierte en tortura.

El encuentro —o el desencuentro— de toda convivencia humana se ejercita en un sinnúmero de actos que la consciencia se resiste a inventariar. En el conjunto de esos actos que lo condicionan, cabe destacar que cada relación posee una distancia óptima que es particular y “funcional”, y que la importancia

del callar no es menor que la importancia del hablar.

Puede ponerse en duda lo que afirma el proverbio: “Con la verdad no ofendo ni temo”, sobre todo si tenemos en cuenta lo que señala Porchia cuando escribe: “La verdad que debería ser lo eterno es siempre lo recién nacido o lo recién muerto”.

Si prestamos atención y reparamos en descripciones como, por ejemplo, “parco y lento al hablar, su palabra es acción”, nos damos cuenta de que, frente a los únicos asuntos que importan y que, con frecuencia, se disfrazan con otros enunciados, se nos presentan siempre la disyuntiva entre hablar o callar.

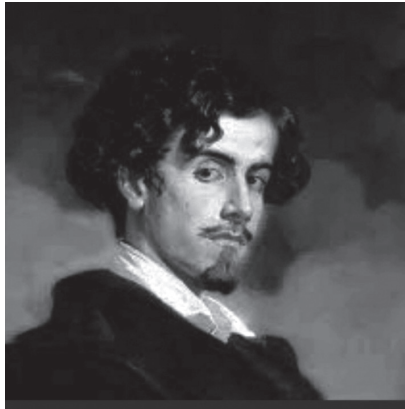
Entre las cosas que decimos y las que solamente pensamos, es muy fácil y frecuente incurrir en protestas, quejas y reproches (que provienen de aquello que, cuando todavía no

LUIS CHIOZZA

sabíamos hablar, eran quejidos que a veces alguien escuchaba). Pero es bueno darse cuenta de que, siendo adultos, muy a menudo, cuando pronunciamos quejas, solemos negar que son una demanda que da muy poco resultado.

Capítulo 4

El qué y el cómo



En toda convivencia humana, en las distintas funciones, que constituyen qué hace en su vida y cómo lo hace cada interlocutor, se pueden distinguir cuatro tipos de vínculo

en las relaciones que se establecen con otras personas, y que suelen funcionar de manera recíproca.

Un vínculo erótico con alguien que se desea disfrutar y “tener”. Otro con quien constituye un modelo ideal que se desea “ser”. También puede establecerse con un rival enemigo, en su doble condición de envidiado y obstructor. Por fin, desde las experiencias de la más tierna infancia, en las cuales la asistencia ajena era imprescindible, alguien puede alcanzar un lugar, que puede llegar a durar mucho tiempo pero también defraudar, del amigo que ayuda para que logremos obtener lo que se necesita o se desea.

Como ocurre en el teatro con la caída del telón, la forma en que una vida termina, su clausura, otorga una conclusión *a posteriori* al conjunto de la historia,

actualmente relatada, que constituye una biografía personal.

Así como todo vínculo se sustancia con encuentros que se realizan, bien o mal, manteniendo de maneras beneficiosas o perjudiciales frecuencias y distancias, los amigos se reúnen o se separan, y es bueno recordar que la madurez se alcanza cuando se logra distribuir en el mundo las personas que constituyen, además del para qué vivimos, un para quién hacemos lo que hacemos.

Conviene repetir que lograr relacionarse a una distancia justa y con una frecuencia adecuada se alcanza en la medida en que se ha adquirido la capacidad para distribuir, en el ambiente social del entorno en que se habita, a ese “otro” con el que se convive.

Se podrán de ese modo sostener relaciones lo suficientemente cordiales que aseguran

una subsistencia confortable, cuando se pueda renunciar al logro completo de las condiciones ideales y se sepa tolerar una imagen propia, hasta entonces desconocida, tal como, cargada de nuevos defectos, se presenta en el espejo individual y diferente de una clausura que implica la necesidad saludable de realizar un duelo. Cada duelo trae consigo una nueva capacidad para sentirse solo y para admitir que cada vida inaugura cotidianamente el terreno de su propia experiencia. Por esto decimos que lograr un cierto bienestar requiere prudencia, resignación y paciencia.

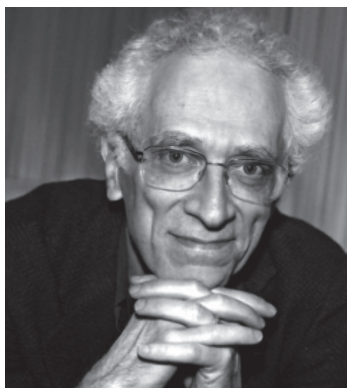
Digamos, por fin, que hemos sugerido, implícitamente, que establecer una distancia o una frecuencia diferentes en el “contrato” que con nuestros semejantes sostenemos no es más que la inevitable variación de un

HABLAR O CALLAR

proceso que nunca prosigue como hasta entonces era.

Capítulo 5

Textos, pretextos, contextos y prejuicios



Podemos comprender de qué manera el cómo, el cuándo y el qué de nuestro decir y de nuestro callar pueden influir en producir lo que sentimos en nuestro trato con nuestros

interlocutores, dentro de los límites que recíprocamente toleramos.

Cuando el mayor compromiso emocional de nuestro interlocutor no proviene, mientras habla, de lo que ocurre en la relación presente, sino que, por el contrario, permanece atrapado en lo sucedido en otras anteriores, es importante darse cuenta de que se trata de un producto que deriva de la proyección del pasado sobre la situación actual, pero también importa comprender que es mejor no pronunciar palabras que, en esas circunstancias, serán consideradas inoportunas o excesivas. Además, si un interlocutor sostiene que el compromiso emocional actual es algo que sólo ha ocurrido en un pasado que ya se ha superado, mientras que otros piensan que no es cierto, suele ser adecuado escuchar en silencio lo que dice, sin insistir en que se trata de algo que perdura.

Tal como afirma Todorov, “si las palabras crean la realidad que antes evocaban de un modo ficticio, el silencio, por su parte, hace desaparecer esa misma realidad”.

No citamos a Todorov con el ánimo de sostener a ultranza que, frente a las circunstancias señaladas, debemos en todos los casos permanecer en silencio. Pero es importante subrayar que, “cuando se habla”, los enunciados verbales de ambos interlocutores sólo funcionan bien cuando se pronuncian en una actitud amistosa que, en lugar de reprobar, procura ayudar y contribuye a perpetuar un vínculo agradable, no sólo desde la palabra, sino también desde el tono, el gesto y la actitud.

El cuidado de cada situación de convivencia se configura según el “tono” de la relación que se establece, y no sólo crea un espacio para que sus participantes regulen su propia

LUIS CHIOZZA

tolerancia a la intensidad de los afectos que se movilizan, sino que ayuda, además, a colocar lo que se siente en una zona confortable.

Capítulo 6

Las palabras



Nos trasladaremos desde el terreno que suele denominarse “metapsicología” hacia el territorio de una “metahistoria”, con el propósito de agregar algunos conceptos que trascienden los límites de lo habitual y pueden otorgar

una mayor fundamentación a las actitudes que al convivir adoptamos.

Tal como señala Susan Langer (en su libro *Nueva clave de la filosofía*), la palabra, como expresión, es un signo indicador de una presencia, y como símbolo, es representante de una ausencia.

En esa doble función contradictoria que la palabra posee, residen la sutileza y la dificultad de su instrumentación. Tanto las investigaciones de Gregory Bateson como las de Tzvetan Todorov nos ayudan a comprender que la mentira se engendra, precisamente, en la posibilidad que posee la palabra de representar una ausencia. La mentira nace en la inevitable discrepancia entre el aspecto simbólico que refiere o representa una ausencia y el aspecto indicativo que significa o expresa una presencia. La posibilidad de la mentira se

inaugura porque la presencia de una cosa puede evocar la re-presentación de otra, ausente y diferente, a cuya presencia se puede aludir con facilidad usando las palabras en su función de símbolos.

Con el tono, con el gesto o con la actitud (y lo mismo ocurre con la palabra en cuanto tiene de signo indicativo), es decir, con aquello que se constituye en expresión, es más difícil mentir. Porque la mentira, en ese caso, no es propiamente una mentira, sino a lo sumo el resultado de una impostación que requiere, en cierto modo, una habilidad teatral. Por eso suele decirse de alguien que miente de esa manera: “Es un artista”.

Cuando, en lugar de una mentira, se incurre en la falacia que, como producto del deslizamiento paulatino que es propio de los usos del lenguaje, resulta inevitable en una cierta

proporción, la presencia “original” es algo que, muchas veces, a través de la etimología, podemos convocar. Es bueno que así sea, ya que toda palabra es inevitablemente falsa, y no sólo exagerada e incompleta, en el acto mismo de su pronunciación. Recordemos a Porchia: “Lo que dicen las palabras no dura. Duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas y lo que dicen no es nunca lo mismo”.

Cuando la palabra escrita, al hacerse pública, se dirige hacia un otro innumerable que es testigo y se torna impersonal, su falacia se transforma y adquiere ese consenso que llamamos realidad. La realidad es siempre un público decir.

Pero las palabras no son inconsecuentes; “hablar por hablar” es imposible; toda palabra, como en un encantamiento, es mágica en su capacidad para modificar la realidad.

Precisamente porque las cosas que las palabras designan no existen *a priori* como tales, dado que no adquieren sus límites sino en el acto mismo de su designación, las palabras crean inevitablemente la realidad que enuncian. Así como el deseo crea (“inventa”) a su objeto, la palabra crea la cosa que designa.

De ahí que, como más tarde o más temprano comprueba todo padre que llama a su hijo “mentiroso”, la palabra que nace de una realidad que ella misma distorsiona, que nace como una falacia inevitable, se hace verdadera *a posteriori* de su pronunciación.

Nombrar una cosa es transformarla. La palabra es una profecía que siempre se realiza, en mayor o menor grado, dependiendo de su fuerza o de su reiteración.

Sinceridad e hipocresía, autenticidad y falsedad, resignificadas desde esta perspectiva,

nos conducen a una nueva paradoja que deshace su sentido primitivo y las convierte en dos términos mutuamente referentes. Por un motivo semejante, lo opuesto de la palabra falsa no es la palabra verdadera, sino únicamente el silencio.

Cuando la convivencia fructifica de un modo inesperado en el anhelado encuentro, y ese encuentro se manifiesta como palabra oportuna (ya sea en su condición de símbolo o de signo indicativo), la magia del instante se desvanece, en el acto mismo de nacer, en una nueva distancia y en una nueva soledad. Y sin embargo todo se ha cumplido.

Cada hablante, como un piloto en la tormenta, no gobierna la fuerza de los elementos; gobierna apenas sus acciones y emociones y el timón de su hablar y su callar. Y en su capacidad de reconocer, “entre las olas”, las crestas

HABLAR O CALLAR

y los declives de la oportunidad que llena o vacía la palabra, adquiere la posibilidad de mantenerse a flote, otorgando o negando a su palabra la ocasión de nacer.

Capítulo 7

Lo indecible



Racker, en su libro *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, un texto imperdible, utilizado por muchísimos colegas, que ha sido fundamental para el aprendizaje de la profesión en distintos países de Europa y América, señala que el psicoanalista no debe decirle a la persona que

psicoanaliza todo lo que acerca de ella sabe, sino únicamente aquello que su paciente puede y necesita saber.

Desde que llegamos a la conclusión de que la interpretación en el “aquí y ahora” de la transferencia, que propone Melanie Klein, contraría la vigencia del presente atemporal que opera en lo inconsciente, quedó claro un punto clave. La interpretación que denominamos *ubicua*, porque apunta a un condicionamiento de la acción que va más allá de la transferencia sobre la persona del psicoterapeuta, permite una amplitud de lo que accede a la consciencia que, a su vez, genera en el paciente una mayor convicción acerca de lo que su psicoanalista le interpreta.

Sin embargo, una tal amplitud, que aumenta el efecto transformador de la interpretación psicoanalítica, no anula, sino que,

por el contrario, aumenta los límites que determinan, en toda convivencia, una zona de cuestiones que constituyen, en cada relación, aquello que juzgamos *indecible*.

Comprender que es así, que todo tiene un límite, y que también ocurre en nuestro trato con el conjunto entero de las personas que habitan nuestro entorno, catapulta esa cuestión de lo indecible al centro de la escena, y nos otorga las razones que nos conducen hacia privilegiar una interpretación que trasciende el “aquí y ahora”, con el psicoanalista y en cada convivencia humana.

Capítulo 8

Inoportuno



Suele decirse que “a la ocasión la pintan calva”, queriendo significar con eso que no tiene un solo pelo por donde se la pueda aferrar. Es cierto que cuando iniciamos una acción es muy distinto el rendimiento del esfuerzo que requiere la tarea si podemos aprovechar

las circunstancias favorables o nos vemos obligados a “remar contra corriente”. Cuando un adulto en una plaza impulsa la hamaca en la cual un niño se deleita, aumenta el rendimiento del empujón, que usa para mantenerla en movimiento, aplicándolo en el instante en que la oscilación se detiene en un extremo para cambiar la dirección en que se mueve.

En otras circunstancias que acontecen, y que forman parte de las dificultades que la vida nos presenta con frecuencia, debemos “remar contra corriente”, contrariando una opinión mayoritaria. Enfrentados con un entorno semejante tenemos, entonces, que optar, como lo hace el conductor de una ambulancia o de un carro de bomberos, por un procedimiento que trascurre a contramano de los trayectos habituales. No siempre, pero hay veces en que el fin justifica los medios y el daño que

acarrear. Cuando “nos toca” responder, también es dañino borrarse.

Es cierto que proceder de manera inoportuna, en ocasión desfavorable, suele traer consigo penas y perjuicios, pero a pesar del riesgo que se corre, cuando lo que queremos preservar es muy valioso, no nos queda otro recurso que asumirlo, dado que sin duda hay veces en que ocurre que lo que cuesta vale.

Capítulo 9

Lo que el consenso avala



En una reunión que sostuvieron públicamente, varios políticos discutían si en el gobierno de un país predominaba el Poder Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial, la prensa, los servicios de inteligencia o las empresas y personas que ganaban más dinero.

Durante la discusión, surgió rápidamente que una cosa es un gobierno ejercido por el pueblo, es decir, una democracia, y otra muy distinta es una demagogia, que ocurre cuando un pueblo es seducido y conducido por los designios de unos pocos que proceden según sus propios intereses.

Hay, sin embargo, una tercera y más fundamental instancia, que muy pocas veces es tomada en cuenta, y que nos explica por qué razón sucede tantas veces que los resultados contradicen lo que habían previsto las encuestas. Ese factor tan importante es la existencia de una opinión que actúa de manera inconsciente y que, en la medida en que coincide en una inmensa mayoría, cabe designar con la expresión “opinión pública inconsciente”. Una opinión que, dado que rige la conducta,

es la que nos explica los resultados imprevistos que torturan a los encuestadores.

Una encuesta realizada hace ya muchos años sobre el pueblo americano revelaba que el coche preferido era compacto y sobrio, pero el más vendido resultó ser uno suntuoso que extendía sus guardabarros traseros en forma de una cola de pescado. No cabe duda de que en cuestiones como la que mencionamos es bueno tener en cuenta aquello que el consenso avala. Pero es aún más importante tener en cuenta lo contrario y evitar someterse a todo aquello que, tanto en el ámbito privado como en la vida pública, aunque pueda complacer, suele conducir a descuidar dos grandes valores: evolución y trascendencia.

Capítulo 10

Necesidad y deseo



Se dice que la necesidad tiene cara de hereje, porque la obligación de la necesidad es inevitable y perentoria. La respiración simboliza esa obligación perentoria, y es tal vez por eso que Porchia ha escrito que “una cosa sana no respira”, significando así, quizá, la implacable

dependencia de algo que se presenta en la vida como obligatorio, sin posibilidad alguna de evitarlo. El deseo, en cambio, que puede ser contrariado sin sufrimientos tan catastróficos, interviene en la vida, sin embargo, con una fuerza propia.

Aquello que nos hace falta, ya sea como necesidad o como deseo, es lo que motiva nuestros actos, de modo que la necesidad, el deseo, lo que se siente y hacia dónde se encamina la vida pueden ser contemplados como distintas facetas de un mismo asunto.

Weizsaecker, discutiendo la cuestión del sentido de la vida con un reconocido fisiólogo, señala que afirmar, como él hacía, que el objetivo de un ser vivo consiste en sobrevivir configura un razonamiento que agota su significado en un absurdo círculo vicioso, y agrega que “el sentido de la vida es la ofrenda

de la vida [...] no sabía qué difícil era comprenderlo y cuánto más difícil era [...] actuar de acuerdo con ello. [Se comprende] que ya que existe el odio el sentido de la vida se lo atribuyamos al amor [...] un amor porfiado [...] porque [...] en realidad es un desafío [...] un regalo, una pasión, también una esperanza [...] No es posible definir el sentido de la vida, pero se lo puede experimentar y padecer con total claridad”.

Vemos que Weizsaecker señala que no cabe otra actitud que asumir que, si hemos de elegir alguna meta que pueda orientar la trayectoria que la vida emprende, y dado de que existe tanto odio, lo mejor es decidirse por un amor “porfiado” que, conformando la finalidad de la existencia de un ser vivo, encuentra su sentido en la ofrenda de nuestra propia trayectoria a la convivencia espiritual

y trascendente de una integración armoniosa con el desarrollo del ecosistema que evoluciona en el planeta que habitamos.

La misma cuestión se presenta frente a la tesis de Darwin acerca de la supervivencia del más apto y la lucha por la existencia, porque la obra realizada en el territorio que la ecología y la biología recorren, como lo hacen Brian Goodwin (*Nature's Due*) o Lynn Margulis (*¿Qué es la vida?*, con Dorion Sagan), por ejemplo, nos muestra que no cabe ninguna duda de que la colaboración entre los seres vivos predomina sobre la agresión que con frecuencia surge entre sus integrantes. Recordemos el celebrado libro *Sobre la agresión. El pretendido mal*, escrito por Konrad Lorenz.

Necesidad y deseo, que tan a menudo colisionan cuando queremos, podemos o debemos elegir entre hablar o callar, son

avatares y vicisitudes que acompañan el transcurso de nuestra convivencia cotidiana, que suele acontecer zarandeada por dificultades que ensombrecen todo aquello que vivimos. Pero también es cierto que la ofrenda de ese amor porfiado que se satisface en un sentido espiritual conjunto y compartido es el norte más valioso que podemos alcanzar, allí donde el deber que nuestros cerebros divisan confluye con el poder que nuestros hígados nos otorgan y con el querer que habita nuestros corazones.

LUIS CHIOZZA

